

Eduardo Labarca

12 de enero de 1995

Las islas de Chile en las librerías del mundo

Al comenzar 1995 los lectores de diversos continentes se han enterado de que Chile no es sólo un larguísimo país de desiertos, mares, cordilleras y terremotos, sino también un país de grandes islas. A los 84 años, un Francisco Coloane fuerte y saludable como un roble aparece en la televisión francesa y se pasea por París con la satisfacción de saber que los lectores de toda Francia se arrebatan su libro *Tierra del Fuego*, recopilación de cuentos ambientados en la vasta isla subantártica que Don Pancho publicó en Chile hace cuarenta años. En las megalibrerías *Virgin* de los Campos Elíseos y del palacio del Louvre y en la FNAC del *Forum des Halles*, su *Tierra del Fuego*, traducida al francés por Francois Gaudry, se codea con *Paula* de Isabel Allende y el último ladrillo de Stephen King. Hoy el mercado impone a la literatura sus leyes tiránicas, y la venta en Francia de más de treinta mil ejemplares del veterano escritor chileno es un hecho notable. El envío se lo dio a Coloane en Europa su discípulo Luis Sepúlveda –por la edad bien podría ser su nieto– quien después de triunfar con *Un viejo que leía novelas de amor* se acordó del maestro, convenció a los editores y escribió una presentación para la edición francesa de *Tierra del Fuego*.

Nacido él mismo en una isla –la Isla Grande de Chiloé– Coloane sitúa la acción estremecedora de sus relatos en los parajes más agrestes de las islas chilenas del sur, en la pampa, en los canales, en los ventisqueros, en el mar abierto. En el cuento *Tierra del Fuego*, que da nombre a la recopilación, un personaje que no aparece nunca planea sin embargo, omnipresente, sobre la cordillera de Carmen Sylva, el Páramo, los coironales de China Creek.

Se trata de Julio Popper, rumano aventurero, buscador de oro, cazador de indios: el legendario Rey del Páramo de la historia real de esa isla enorme que Chile y Argentina comparten al sur del estrecho de Magallanes.

ISLA DE TIERRA ADENTRO

Mientras los franceses se apasionan con la frescura de esos cuentos antiguos, en el lugar de Francia más alejado de todo mar, cerca de la frontera con Suiza, otro artista chileno sueña en estos días con la misma isla. Patricio Manns, cantante y escritor empeinado, que hace unos meses presentó en Chile con el conjunto Intillimani el espectáculo musical *Intillimanns*, se apasionó por el personaje de Popper que Coloane roza en sus cuentos y le dedicó una novela. *El corazón a contraluz* resultó finalista en el Premio Casa de las Américas, que se otorga en otra isla: Cuba. La novela recrea a un Popper multifacético, abogado, ingeniero zapador, intelectual, políglota, industrial y violento que transita por Siberia, San Petersburgo, París, Cuba y Buenos Aires, antes de afincarse en la isla de Tierra del Fuego e imponer en ella, desde la hacienda *El Páramo*, su autoridad indiscutida. Sus víctimas: los fueguinos –onas o selkman– exterminados fríamente para dar paso al "progreso".

La casa de Pato Manns y su mujer Alejandra lleva el nombre de *Trez Vela*, que en la lengua muerta de los galos que poblaron la zona de Francia en que ellos viven quiere decir "isla amarilla". En esa isla de tierra adentro, en la imaginación de Manns nace, vive y muere a los 36 años el Popper literario de esta obra que los chilenos merecerían conocer. Manns no es debutante en eso de las islas: su novela *Buenas noches los pastores*, publicada en 1972 por las Ediciones de la Universidad Católica de Valparaíso y ganadora hace veinte años del Premio

de la Municipalidad de Santiago, transcurre en tres islas chilenas: la Isla Gande de Chiloé, la isla de Calbuco, la isla de Tierra del Fuego.

UNA ISLA PARA OLVIDAR

Música para olvidar una isla se llama una novela hermosa, original y apasionante que muy pocos chilenos concen, aunque transcurre en una isla de Chile. Fue publicada hace poco en Buenos Aires por Planeta Argentina y no es fácil encontrarla en las librerías de Santiago o Valparaíso, pues la cordillera de los Andes es a veces demasiado alta para dejar pasar un buen libro. Hace más de veinte años, Victoria Slavuski, su autora argentina, vivió en Juan Fernández, la isla chilena en que fue abandonado el marino escosés Alejandro Selkirk, cuya aventura inspiró a Daniel Defoe la novela *Robinson Crusoe*. El recuerdo quedó empozado en el alma de la escritora, la acompañó en su vida errante, viajó con ella a Nueva York, a París, a Viena. La evocación echó raíces de nostalgia y fue creciendo en diez años de paciente creación literaria, en el bordado fino de palabras de esta novela muy compleja, excelentemente escrita, sutil, siempre profunda.

¿A qué llegan los desgarrados personajes de la novela a Juan Fernández, a esta isla "sin farmacia, sin cine ni teatro, sin dentista, sin medios de transporte, sin servicio médico, sin servicio religioso, sin teléfono ni radio"? En el capítulo 4 se insinúa cierta explicación: "A las islas se viene a escapar, a forzar una tregua. Profesional de la espera, adorador de los paréntesis, conjurado contra el ritmo de las metrópolis, el falso turista de la isla pertenece a la raza de los que intentan detener el tiempo." Así llega Ada a la isla brumosa trayendo a cuestas desde Nueva York la vivencia de un amor frustrado que seguirá con ella y se irá entremezclando con la existencia palpitante de los lugareños y los personajes venidos de

afuera. La leyenda de Juan Fernández irá envolviéndolos a todos, como al Colorado, que al despertar en la Laguna vio la isla desde mil ángulos distintos.

LA VISION DEL COLORADO

"Enseguida, en desorden, como si todo sucediese al mismo tiempo, vio balsas que llegaban de Oriente, canoas, fragatas, vio a Juan Fernández luchando contra la barrera de viento, barcos piratas (...). Vio a O'Higgins avistando Masatierra con prismáticos sin desembarcar a causa de la niebla (...), vio a Darwin cerca del Yunque decepcionado al encontrar poco sándalo, a los líderes de la Independencia presos con ganado en un corral discutiendo la Revolución Francesa y la América única de Bolívar entre lo mugidos de las vacas". Vio cómo Juan Fernández, desierta después del terremoto de 1822, volvía a poblarse "de prisioneros políticos, asesinos, salteadores y prostitutas quienes tras derrocar al gobernador y capturar el ballenero *Anawan* fueron ejecutados a excepción de los que llegaron a cruzar los Andes para ser prendidos por Facundo Quiroga y repatriados a Juan Fernández ahora arrendada a Larraín, prontamente asesinado a cuchillazos por el capitán Paddock de Nantucket, ejecutado a su vez en represalia(...). Vio a Hernán Melville mirando la isla con binoculares desde la fragata *United States*, a Sarmiento comparando Más Afuera con una enorme ballena dormida (...). Vio la isla imaginada por Juan Fernández que coincidió con Masatierra, vio la isla imaginada por Defoe al escribir el *Robinson*, y vio la isla imaginada por Selkirk en su agonía cuando dijo: *oh, mi adorada isla nunca debí haberte abandonado.*"

Las reminiscencias del amor desgraciado de Ada en Nueva York se entretrejen apretadamente con la realidad de la isla, que cobra a la vez visos de irrealidad con el acaecimiento de sucesos extraños, inexplicables, sangrientos. Hasta que un día a las propias islas del archipiélago les cambian el nombre: Más Afuera pasa a llamarse Marino Alejandro

Selkirk, y Masatierra, Robinson Crusoe. En la última parte de la novela se va instalando ya la nostalgia: los protagonistas del libro lamentan el cambio de nombre. De ser origen de una ficción, la isla "pasaba a ser ficción ella misma: era un cambio degradante". La isla "pierde su pasado, su misterio, su secreto. La vuelven una Disneylandia, una isla kitsch", se queja Pablo. "Un souvenir de sí misma", se lamenta el Colorado.

LIBROS DE OTRAS ISLAS

Pablo Neruda afirmaba que la mejor novela chilena era *Gente en la Isla*, de Rubén Azócar, publicada en 1961 por Zig-Zag y que hoy sólo se encuentra en las librerías de viejo. Esta novela de Chiloé traspasa el ceñido marco de la obra costumbrista de esquemático contenido social. Sus protagonistas astutos, humanos, crueles –entre los que abundan los Cárdenas, los Andrades, los Barrientos– podrían haber salido de la pluma de Balzac. Don Braulio, el párroco pintado con trazos magníficos, es el cura hispano, fanático y oscurantista que, sin reparar en medios, intenta regir la vida de los fieles con métodos primitivos y violentos, insensible a la tragedia que él mismo va a desencadenar.

La novela de la otra gran isla de Chile –la Isla de Pascua– está todavía por escribirse. Antes que tal novela habrá llegado a las pantallas la película hollywoodense *Rapa-Nui*, rodada en Pascua por Kevin Reynolds, que se exhibe hoy en los cines del mundo entero. Tal vez la falta de una novela chilena que transcurra en la isla polinésica se deba a la distancia afectiva que separa a los chilenos del *conti* de sus dos mil compatriotas isleños. Para la mayoría de los chilenos, Pascua no pasa de ser un motivo pintoresco de vistosos afiches. Aunque carente de una novela, *Rapa-Nui* posee una rica leyenda oral recogida en las hermosas canciones con que los pascuenses recuerdan en su lengua la llegada del rey Hotumatúa a la playa de Anakena y otros grande sucesos de su historia.

© Eduardo Labarca

LECTURAS DE FOTOS

- La escritora argentina Victoria Slavuski, autora de una notable novela que transcurre en la isla chilena de Juan Fernández (Foto: Franco Marinai)
- Victoria Slavuski y el autor de esta crónica ante el edificio de las Naciones Unidas en Viena (Foto: Víctor Hugo Rodríguez)
- Portada de la novela publicada por Planeta en Buenos Aires